



LA CONVERSIÓN

Queridos hermanos y hermanas:

El Señor no se cansa nunca de tener misericordia de nosotros, y quiere ofrecernos una vez más su perdón — todos tenemos necesidad de Él —, invitándonos a volver a Él con un corazón nuevo, purificado del mal, purificado por las lágrimas, para compartir su alegría.

¿Cómo acoger esta invitación?

Nos lo sugiere san Pablo: «En nombre de Cristo os pedimos: ¡que os reconciliéis con Dios!» (2 Co 5, 20).

Este esfuerzo de conversión no es solamente una obra humana, es dejarse reconciliar.

La reconciliación entre nosotros y Dios es posible gracias a la misericordia del Padre que, por amor a nosotros, no dudó en sacrificar a su Hijo unigénito.

En efecto, Cristo, que era justo y sin pecado, fue hecho pecado por nosotros (v. 21) cuando cargó con nuestros pecados en la cruz, y así nos ha rescatado y justificando ante Dios.

«En Él» podemos llegar a ser justos, en Él podemos cambiar, si acogemos la gracia de Dios y no dejamos pasar en vano este «tiempo favorable» (6, 2). Por favor, detengámonos, detengámonos un poco y dejémonos reconciliar con Dios. [...]

La invitación a la conversión es, entonces, un impulso a volver, como hizo el hijo de la parábola, a los brazos de Dios, Padre tierno y misericordioso, a llorar en ese abrazo, a fiarse de Él y encomendarse a Él.

*Papa Francisco
Homilía, 18 de febrero de 2015*